

**JORGE ÁLVAREZ
MÁYNEZ**

*Las guerras siempre trascienden fronteras.
Documentar lo que sucede en Ucrania es un
deber con la verdad y con nuestro tiempo.*

Ucrania: guerra sin descanso

Las ciudades de Chelm, Polonia, y Kiev, Ucrania, están separadas por 500 kilómetros pero un abismo las distancia. No solo porque llegar toma más tiempo que conducir de Chilpancingo, en México, a Texas, en Estados Unidos, sino porque 150 días de guerra lo cambian todo. Y eso es evidente a lo largo del trayecto.

El antiguo tren que todos los días transporta a decenas de personas, principalmente mujeres y niños que se trasladan a zonas seguras de los ataques rusos, viaja toda la noche con las ventanas arriba para evitar ser un objetivo militar de lo que el régimen de Putin ha bautizado como una “operación especial”. Y si un ciudadano ruso habla de guerra, se castiga con 15 años de cárcel.

Ese abismo es también evidente en lugares como Irpin, una pequeña ciudad a 8 kilómetros de la capital de Ucrania en la que se evacuó a 40 mil mujeres, niñas y niños en 5 días, a pie; y, el 90% de sus más de 60,000 habitantes tuvo que dejar su hogar para permitir que el ejército ucraniano defendiera desde ahí la invasión que por un mes intentó tomar la capital de su país. Entre los “objetivos militares” de esta “operación especial” están jardines de niños, hospitales y edificios de vivienda que destruyeron misiles rusos en venganza por el estoicismo de sus habitantes.

Por eso, *aunque parezca absurdo, es necesario recordar que nadie hace turismo en un país en guerra. Nadie espera que lleguen*

sus vacaciones para contemplar ciudades destruidas frente a la indiferencia del mundo, vivir bajo el constante sonido de alarmas que anuncian bombardeos contra civiles inocentes y caminar calles que pronto serán pisadas por tanques y sobrevoladas por aviones militares.

Ir a Ucrania y contar esta historia es, en todo caso, una obligación con nuestro tiempo. Documentar los crímenes de guerra, que van de violaciones masivas de mujeres hasta el secuestro de cientos de niñas y niños, es un deber con la verdad, que es otra de las caras de esta guerra: la maquinaria de propaganda y noticias falsas de Rusia que el alcalde de Kiev (el ex campeón mundial de boxeo Vitali Klichkó) califica como “el arma más peligrosa” del régimen de Putin.

Klichkó nos hace ver que tan solo la cadena de noticias Russia Today (también conocida como RT) tiene más presupuesto que toda la ciudad de Kiev. Tal vez eso explique la operación de miles de *bots* rusos en todo el mundo, incluyendo nuestro país, para difundir noticias falsas y atacar políticos que cuestionan al régimen y a sus aliados.

Los ucranianos saben, también, que la invasión no es solamente asunto de ellos. Su esfuerzo extraordinario por organizar este tipo de encuentros tiene un sentido estratégico: además de documentar el genocidio, que el mundo entienda que la guerra que ellos libran nos afecta a todos.



Hay quienes piensan que esta muestra de solidaridad (que contrasta radicalmente de la postura del gobierno de México) es perder el tiempo cuando nuestro país enfrenta sus propias calamidades. Como si la inflación que vivimos los mexicanos, la mayor en 21 años, no fuera una consecuencia de la guerra. Un fenómeno que afecta, precisamente, a los más pobres pues el aumento en el precio de los alimentos puede significar dejar de hacer una comida al día.

Los gastos de esta empresa los cubrimos nosotros y, penosamente, también un país víctima de genocidio. No solicitamos un solo peso al Congreso ni al gobierno federal, que nos negó incluso el más elemental acompañamiento y se desentendió de nuestra seguridad (lo cual no impidió a profesionales de nuestro servicio exterior actuar con decoro y generosidad).

En cambio, lo que sí le costará a México es, precisamente, la

guerra. Solo este año se destinarán 300 mil millones de pesos a subsidiar el incremento en el costo de las gasolinas. Un gasto equivalente a 850 años del principal programa de mejoramiento de escuelas del gobierno federal *La escuela es nuestra*.

A estas alturas, ya deberíamos tener claro que las guerras (sobre todo una de esta magnitud) siempre tienen consecuencias que trascienden fronteras. Y que el valiente pueblo ucraniano, al resistir la masacre en condiciones de profunda adversidad y librar con aplomo una batalla global, se ha ganado nuestra gratitud, admiración y solidaridad.

Ojalá nos quede claro que ver turismo en donde se vive una guerra es negar que el mundo es nuestra casa.

*El autor es coordinador
de los diputados de MC.
@AlvarezMaynez*